CAPÍTULO III. ad asleno

Pensamientos monárquicos de Napoleon III con respecto á Méjico.—Dificultades que se oponian á su realizacion.—Encubiertas miras del monarca francés en la espedicion de Méjico.—Sus resultados.—Actitud de Juarez.—Intervencion de los Estados-Unidos.—Sus consecuencias.

propia voluntad quieren proclamar al archiduque

Pernaudo Maximiliano como su soberano, con Hacia algun tiempo que halagaba la ambicion y ulteriores miras de Napoleon III el establecimiento de una monarquía en Méjico. El pensamiento, dicho sea en bien del monarca de Occidente, era atrevido, trascendental, fascinador y en cierto modo aceptable, estando aún viva la memoria del magnífico espectáculo que han ofrecido á la Europa las monarquías constitucionales. A ellas se debe, en efecto, la destruccion del feudalismo que se levantaba jigantesco entre los pueblos y la corona. La paz, la ventura, el progreso que en la actualidad disfrutan Portugal, Inglaterra, Bélgica, y otras naciones de la antigua Escandinavia, las deben igualmente á las monarquías. La misma España, que en los últimos treinta años ha presenciado tantos sacudimientos y tantas reacciones, no puede desconocer la gran diferencia que hay entre el nuevo y el antiguo régimen. Hoy está libre de los horrores de la Inquisicion; no sufre ya la pesada influencia de aquel sin número de comunidades religiosas, verdaderas plagas que inundaban el país; han desaparecido el fanatismo y supersticiosas creencias, que nos envolvian en el oscuro laberinto de la inquietud y del miedo, y la absoluta ignorancia en que el régimen absoluto pretendia tener para siempre al humano espíritu, y tantos otros males de que adolecia la administracion del menorable Felipe II. In selection of the s

Pero de que de tantos y tan grandes beneficios sea la Europa deudora á la monarquía, no se deduce que pudieran serlo igualmente hoy á esa institucion, las naciones del Nuevo Mundo. El siglo pasado dió orígen con su filosofía á una lucha incesante entre las monarquías y los pueblos, y ¡quién sabe si á la Europa entera no se hubiera estendido aquella revolucion, y hubiera sido, por lo tanto, el triunfo unas veces de la monarquía y otras de los pueblos, si al desaparecer el feuda-

lismo no hubiera venido á reemplazarle un Gobierno misto, con el cual se acallaban la ambicion de las monarquías y el espíritu y la tendencia de las masas populares!

blica; cuando sólo en. Il fijaban sus miradas y su cariño fos mejicanos; cuando no veian

Bajo este régimen gubernamental se encuentra hoy constituida la Europa. ¿ Podria estarlo igualmente la República de Méjico y otras naciones de América? Pruebas tenemos, y algunas bien lamentables por cierto, de que no es posible la forma monárquica en aquellas regiones del Nuevo Mundo. Los grandes esfuerzos y cantidades inmensas que se han gastado en Méjico para constituir un numeroso partido monárquico, han sido siempre estériles é infecundos; y en estos mismos instantes acaba de demostrar aquella República á la nacion más audáz de Europa, que no bastan ni su influencia ni el valor de sus soldados para establecer allí una monarquia, y que no teme su enojo al llevar al cadalso al infortunado príncipe que debia rejirla. Ya habrán podido convencerse por tanto los soñadores de monarquías americanas, que la creacion de un trono en Méjico es hoy de todo punto imposible, dadas la civilizacion y tendencias generales de América, y considerando especialmente las aspiraciones y el estado interior del pueblo mejicano.

No es un trono, como decia el Gran Capitan de nuestro siglo, una armazon compuesta de cuatro tablas de pino y cuatro varas de terciopelo: la monarquía es entre las instituciones humanas la que depende de mayor número de condiciones y eventualidades, ajenas por completo á la voluntad de un hombre ó á la de un grupo más ó ménos numeroso de ciudadanos. Necesita un trono, como una de las principales condiciones de su existencia, lo que hoy llamamos prestigio; y entiéndase bien: no solamente el prestigio que inspira una personalidad determinada, sino que es tambien necesario otro más general que abrace una dinastía entera, cuya tradicion y cuyo renombre infundan respeto y veneracion entre los ciudadanos que ha de rejir. Sin tales condiciones, la influencia y la duracion del poder real han de ser necesariamente nulas, y no podrán, por lo tanto, re-



Lit. J. Donon Madrid

NAPOLEON III

sistir à la accion innovadora del tiempo, ni aun al ligero choque de las pasiones de un pueblo. Verqueix nos enpal ne arrengent

¿Se conocia en Europa algun principe que infundiera en los mejicanos el prestigio y la simpatía indispensables para gobernar su país bajo la forma monárquica? ¿Habia dado Méjico alguna prueba ostensible de querer aceptar la monarquía? La Francia debió creerlo así al ofrecer el trono de Méjico al infortunado Maximiliano; y ciertamente que en esto la nacion francesa cometió, por medio de su Gobierno imperial, una punible torpeza, que actualmente, así lo han manifestado públicamente los ministros de Napoleon III, está llenando de amargura el corazon del emperador, de pesadumbre y remordimiento la conciencia de sus ministros. Uno y otros desconocieron, al proponerse establecer un trono en la República mejicana, la profunda enseñanza que nos presenta la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos del mundo, y se fijaron en cambio en las palabras que ya hemos citado de su oráculo infalible, de que un trono era un tablado.

Pero no es esto lo que la historia nos enseña. Napoleon III debió tener en cuenta, á la vez que las palabras de su ilustre ascendiente, el gran ejemplo que nos presenta la historia contemporánea, respecto al significado de esas cuatro tablas de pino y de esas cuatro varas de terciopelo. El rey José en España, el rey Joaquin en Nápoles, el rey Jerónimo en Westfalia y el rey Luis en Holanda, todos arrojados de sus tronos cuando apénas habian ceñido la régia diadema, contestarian con honda amargura y pesar profundo al emperador francés, que un trono es algo más, debe significar más, debe valer más; que un trono, aun en los países que á diferencia de América, no rechacen enojosa y unanimemente cuanto tenga relacion con las ideas monárquicas, debe contar, entre otras infinitas condiciones, con el prestigio que sólo la antigüedad y el renombre pueden dar á una institucion de mando y supremacía, condiciones que no podrán nunca ser reemplazadas por el nombre de intruso, que en todas partes y en todos los tiempos ha sido rechazado con indignacion y menosprecio.

Si la historia moderna no bastára para confirmar la verdad de este principio, desgra-

ciadamente olvidado, ya que no desconocido por algunos, preguntariamos á la historia antigua, y fijándonos en la del pueblo romano, veriamos que á pesar del modesto título de imperator (general) que adoptaron los Césares, fuéles preciso, para que su autoridad fuese respetada, que se conservase el Consulado con todo su aspecto deslumbrador, con todas sus prácticas y costumbres, con todas las formas electorales que lo constituian. Ni uno solo de aquellos poderosos y altivos emperadores se atrevió á echar por tierra el Consulado; tal es el prestigio que dá á las instituciones la voluntad, la vigilancia, el celo de un pueblo libre y soberano; tal la veneracion que á las cosas, como á las personas, dá el trascurso de los tiempos.

Ahora bien: ¿podia el Gobierno francés contar con algunos de estos antecedentes, históricos y tradicionales, para establecer con algunas probabilidades de existencia una monarquía en Méjico? ¿Habia en Europa algun príncipe cuyo nombre fuese afecto, ya que nó odioso, á la República mejicana?

Uno solo pudiera presentarse que fuera conocido en aquella region del Nuevo Mundo, pero tal vez odiado de los mejicanos. Por fortuna, la España tuvo la prevision bastante para no esponer á la derrota y á la vergüenza á la familia reinante, ni á continuas y horribles conmociones á una nacion que ha de ser siempre hermana nuestra por la comunidad de orígen, de costumbres y de idioma.

III.

Todas estas consideraciones y todas estas enseñanzas debió tener en cuenta el Gobierno de Napoleon III antes de emprender su espedicion á Méjico. No debió haber olvidado que ni aun en tiempos anteriores, cuando Méjico y las demás Repúblicas que han pertenecido á España, se hallaban en buena disposicion para dejar establecer en ellas las instituciones monárquicas, no le fué dado conseguir este anhelado proyecto á la metrópoli, no obstante los grandes sacrificios que hizo para realizarlo.

Es verdad que las causas de tan obstinada resistencia por parte de los americanos, procedian de la poca tolerancia que usaron con ellos nuestros pasados gobiernos, sin lo cual es muy probable que aquellos países habrian aceptado la monarquía; pero de todos modos, esto en nada pudiera atenuar la torpeza de los planes que para tal empresa se habian trazado los ministros del emperador. Si deploraban, como la Europa entera, que un pueblo se viese allende los mares desgarrado por la ambicion y el deseo de mando de unos cuantos generales, y que fueran perseguidos y maltratados los súbditos estranjeros allí residentes, y hasta burlados los principios del derecho internacional, esto no daba nunca motivo bastante para que la Francia dispusiera de la suerte y del gobierno de una nacion que vive há muchos años en completa independencia. Bueno es que una nacion intervenga en otra cuando la libertad que en ella se disfrute sea á pretesto de desórdenes, v que allí donde pese el rigor y el despotismo, se dejen imperar con todos sus desastrosos efectos; pero nunca se debe, en el primer caso, pasar los límites de una reparación equitativa y justa, lo cual sucederá siempre que un pueblo trate de imponer á otro una forma determinada de cido en aquella region del Nue onreidog

Por otra parte, el Gobierno francés debia conocer cuál era el estado interior de la República de Méjico, y ese conocimiento no hay duda que hubiera hecho desistir á la nacion francesa, de todo proyecto que tendiera á implantar por la fuerza la monarquía en aquella parte del Nuevo Continente. Compuesta la poblacion de Méjico de varias razas, inquietas y turbulentas, que infunden espanto por su crueldad en donde quiera que se presentan, no es dado á ninguna otra nacion imponer por la opresion y el miedo, el órden y la tranquilidad en aquellos Estados.

Aparte de esa variedad de razas, esparcidas generalmente por las haciendas y por las minas, se conocen en las ciudades de Méjico otra clase de hombres, de que ni en Europa ni en ninguna otra parte del mundo se tiene formada una cabal idea. Nos referimos á los llamados leperos ó zaragates, bajo cuyo nombre se incluye una clase de proletarios que no se parecen á los de ningun otro pueblo, cuyo estado de miseria es debido únicamente á su indolencia, á su ódio á la sujecion y al trabajo, á su apego al vicio. A esta

clase de hombres, ni la miseria les aflije ni el malestar les perturba; desconocen el temor á la guerra, en la que son siempre valientes y esforzados; su alimento se reduce muchos dias á un vaso de chinguirito (aguardiente), á cuya bebida tienen grande aficion; van vestidos con su andrajosa frazada que al mismo tiempo les sirve de cama; sufren sin alterarse jamás, las contrariedades y vicisitudes por que aquel país atraviesa; y son, en fin, un elemento poderosísimo, capaz de infundir miedo á todo poder que trate de arrancarles una sola de sus libertades, ó despojarlos de cualquiera de sus hábitos y de sus costumbres.

Al grito de mueran los gachupines, aquellas tríbus indígenas sin arraigo ni apego á otra cosa que á su independencia, se hallan dispuestas siempre á luchar hasta morir contra todo aquel que ataque sus derechos de soberanía, de igualdad y de libertad política; y como quiera que de todas estas garantías eran deudores al Gobierno de la República, tan habil y acertadamente desempeñado por Juarez, los leperos, decimos, habrian bastado por sí para espulsar de su territorio á cualquier otro estranjero, que más potente y más decidido que Maximiliano, fuera á imponerles una monarquía.

Pero aun hay otro ejemplo, que tambien desconoció, y que es mucho más elocuente, y ofrece más claras y profundas enseñanzas para la conducta que la Europa en general debe seguir en América.

De un siglo á esta parte, la Europa cuenta en el Nuevo Mundo tantas derrotas y crueles desengaños, cuantos han sido sus intentos belicosos en aquellos países. No creemos necesario, y además nos apartaria demasiado de nuestro propósito, enumerar una por una las naciones europeas, que orgullosas por un triunfo que creian inmediato y completo en el Nuevo Continente, se han visto obligadas á retroceder á la madre patria con innumerables pérdidas, y á desistir por completo de sus guerreros planes y pensamientos monárquicos. Sólo una nacion, y por cierto no de las más poderosas de Occidente, ha conseguido dar una vida, que tiene sin embargo mucho de ficticia, á un imperio en aquellas apartadas regiones; y todos sabemos que ha necesitado para esto llevar allí todo su poder, toda su atencion, toda su influencia, toda su vida en fin, y que en último término, el resultado no podrá ser otro que la estincion completa de toda idea, y de todo sentimiento que tienda á la monarquía.

¿En qué pues, volvemos á preguntar, pudo fundarse Napoleon III para emprender con tal entusiasmo su desgraciada espedicion á Méjico?

pensaba tal vez llenar las arcas de su Tesoro, vióse luego qui eran imaginarias, v

que sólo podrian con el tiempo llegar á ser No es difícil adivinar la contestacion, reflexionando con algun detenimiento cuál era entônces la posicion de Napoleon III. Se hallaba en todo el apogeo de su poder y de su grandeza. Las águilas francesas habian vencido en Crimea el orgullo altanero de la raza slava, habian impuesto condiciones al comercio de Inglaterra, habian derrotado en Magenta y Solferino los ejércitos del Austria, y habian en fin infundido respeto, va que no temor, al resto de las naciones de Europa. Se debia à Napoleon III la constitucion del reino de Italia, obra que con justicia ha merecido el aplauso de todos los buenos, v á que la historia sabrá dar la importancia que realmente tiene; y todos sabemos hasta qué punto sirvió este gran acontecimiento para aumentar el prestigio y la influencia del emperador francés, su renombre entre los pueblos que gemian bajo el yugo de los déspotas, y sobre todo su libertad de accion para trasformar, con arreglo á su principio de nacionalidades, el derecho público de Europa.

Estas glorias, este prestigio de Napoleon en el esterior se robustecieron más y más con su dictadura en el interior, despues que hubo sofocado la revolucion en las calles de Paris con su ejército numeroso y aguerrido, y en estremo entusiasta por la persona y por los hechos del emperador; con su política sensual y espléndida que acallaba los instintos revolucionarios de su pueblo, dando el pan con una mano á los necesitados, y derribando con la otra viejas ciudades para levantar sobre ellas suntuosos palacios; y por último, con su táctica especial para hacerse respetar y al mismo tiempo dejarse querer de las masas de su vasto imperio; todo lo cual esplica satisfactoriamente, como dice un escritor de nuestros dias, el silencio de la tri-

buna, la opresion de la prensa y la ruina casi completa de todas las libertades públicas francesas. Establicas la superioriem a y

Ahora bien, cuando de tal manera sonreia la fortuna á Napoleon III, cuando creia que su estrella no podria va eclipsarse nunca, v que todos los soberanos de Europa le obedecerian como á Júpiter los demás dioses con sólo arquear sus cejas, quiso llevar mucho más léjos su poder y su renombre, y volvió los ojos al territorio de Méjico. En esta parte del Nuevo Mundo, el César francés entreveia una empresa, que como él mismo esclamaba con aire de satisfaccion, sería la más grande, la más gloriosa de cuantas habia intentado: y ciertamente, á juzgar por algunos hechos, y por deseos, no esplícitamente manifestados, pero sí en cierto modo indicados, el pensamiento de Napoleon III participaba en mucho de la grandeza y atrevimiento de que blasonaba su autor.

El móvil secreto, el fin elevado y trascendental del emperador de los franceses, como quiso en cierto modo indicar en las últimas sesiones del Parlamento el célebre Mr. Thiers. no fué otro que consolidar en el corazon de América un gran împerio, que á la vez que fuese como el centro de gravitación de la raza latina, pusiera un límite al crecimiento y tendencias absorbentes de la raza anglosajona. «El Gobierno francés.—dice el orador citado, -concibió el proyecto de reorganizar á la raza latina v de que ésta se opusiese á las invasiones de la anglo-sajona, triunfante hoy, que escita las generales simpatías, y que sería de desear se desbordase en Méjico para castigar, lo que nosotros no podemos hacer, los odiosos crímenes de la eon III, cuyas consecuencias dev. cnital agar

Tal fué indudablemente el pensamiento de Napoleon III, y no hay que dudar que en él se encerraba un propósito grande, importantísimo para el nombre ilustre de quien lo concibiese y para la raza que representára. Oponer un valladar á los Estados-Unidos, cuyo poder y cuya prosperidad amenazan hoy de una manera imponente al viejo mundo; despertar y consolidar en Méjico todo lo bueno, todo lo útil y grandioso de que ha sido y puede ser capaz la raza latina, para que el resto de América tuviera allí un ideal á que obedecer y una Constitucion que